

con la mayor inocencia. Después de lo que he descubierto, me pongo de parte del desairado D. Pedro. La verdad, señora Doña Flora: es una gran picardía lo que ha hecho usted. Trocarle, después de veinticinco años, por este mozuelo sin respetabilidad...

—Calle usted, calle usted, picarueta—repuso la dueña.—Por mi parte, ni á uno ni á otro. Si usted no hubiera incitado á este joven con sus provocaciones...

—De aquí en adelante—dije yo,—seré respetuoso, comedido y circunspecto, como Don Pedro.

Doña Flora me ofreció un dulce; pero vióse obligada á poner punto en la cuestión, porque otras damas, que como ella pertenecían á la clase de plazas desmanteladas y con artillería antigua, intervinieron inoportunamente en nuestro diálogo.

He referido la anterior burlesca escena, que parece insignificante y sólo digna de momentánea atención, porque con ser pura broma, influyó mucho en acontecimientos que luego contaré, proporcionándome sinsabores y contrariedades. De este modo los más frívolos sucesos, que no parecen tener fuerza bastante para alterar con su débil paso la serenidad de la vida, la conmueven hondamente de súbito y cuando menos se espera.

## VII

Poco después entró en la sala el memorable D. Diego, Conde de Rumblar y de Peña Horadada, y con gran sorpresa mía, ni saludó á la Condesa, ni ésta tuvo á bien dirigirle mirada alguna. Reconociéndome al punto, llegóse á mí, y con la mayor afabilidad me saludó y felicitó por mi rápido adelantamiento en la carrera de las armas, de que ya tenía noticias. No nos habíamos visto desde mi aventura famosa en el Palacio del Pardo. Yo le encontré bastante desfigurado, sin duda por recientes enfermedades y molestias.

—Aquí serás mi amigo, lo mismo que en Madrid—me dijo entrando juntos en la sala de juego.—Si estás en la Isla, te visitaré. Quiero que vengas á las tertulias de mi casa. Dime: cuando vienes á Cádiz, ¿paras en casa de la Condesa?

—Suelo venir aquí.

—¿Sabes que mi parienta aprecia la lealtad de los que fueron sus pajes?... Ya sabrás que de ésta me caso.

—La Condesa me lo ha dicho.

—La Condesa ya no priva. Hay divorcio absoluto entre ella y los demás de la familia... ¡Oh! ahora me acuerdo de cuando te encontramos en el Pardo... Le preguntaron á Ama-

ranta que qué hacías allí, y no supo contestar. Lo que hacías, tú lo podrás decir... ¿Juegas, ó no?

—Jugaremos.

—Aquí al menos se respira, chico. Vengo huyendo de las tertulias de mi casa, que más que tertulias son un cóncave de clérigos, frailes y enemigos de la libertad. Allí no se va más que á hablar mal de los periodistas y de los que quieren Constitución. No se juega, Gabriel, ni se baila, ni se refresca, ni se hablan más que sosadas y boberías... De todos modos es preciso que vengas á mi casa. Mis hermanas me han dicho que quieren conocerte; sí, me lo han dicho. Las pobres están muy aburridas. ¡Si no fuese porque Lord Gray distrae un poco á las tres muchachas...! ¿Vendrás á casa? Pero cuidado con echártela de liberal y de jacobino. No abras la boca sino para decir mil pestes de las futuras Cortes, de la libertad de la imprenta, de la revolución francesa, y ten cuidado de hacer una reverencia cuando se nombre al Rey, y de decir algo en latín al modo de conjuro siempre que citen á Bonaparte, á Robespierre, ó á otro monstruo cualquiera. Si así no lo haces, mi mamá te echará al punto á la calle, y mis hermanas no podrán rogarte que vuelvas.

—Muy bien: tendré cuidado de cumplir el programa. ¿En dónde nos veremos?

—Yo iré á la Isla ó nos veremos aquí, aunque la verdad... Tal vez no vuelva. Mi mamá me tiene prohibido poner los pies en esta casa. Vete á la mía, y pregunta por tu amigo Don

Diego el que ganó la batalla de Bailén. Yo le he hecho creer á mi mamá que entre tú y yo ganamos aquella célebre acción de guerra.

—¿Y Santorcaz?

—En Madrid sigue de Comisario de policía. Nadie le puede ver; pero él se ríe de todos y cumple con su obligación. Con que juguemos. Voy al caballo.

El juego, antes frío y mal sostenido por personas sin entusiasmo, se animó con la presencia de Amaranta, que fué á poner su dinero en la balanza de la suerte. Para que todo marchase á pedir de boca, llegó en aquel crítico punto Lord Gray, de quien dije había desaparecido al comienzo de la tertulia. Como de costumbre, el espléndido inglés reclamó para sí las preeminencias de banquero, y tallando él con serenidad, apuntando nosotros con zozobra y emoción, le desbalijamos á toda prisa. Sobre todo, Amaranta y yo tuvimos una suerte loca. Doña Flora, por el contrario, veía mermados con rapidez sus exiguos capitales, y Don Diego se mantuvo en tabla con vaivenes de desgracia y fortuna.

Indiferente á su ruína el inglés, más sacaba cuanto más perdía, y todo lo que de sus bolsillos se trasegó al montón, venía después del montón á visitar los míos, que se asombraban de una abundancia jamás por ellos conocida. La función no concluyó sino cuando Lord Gray no dió más de sí, acabándose la tertulia. Los políticos, sin embargo, continuaban disputando en la sala vecina, aun después de retirada la última moneda.

Cuando salimos para continuar el monte en casa de Lord Gray, D. Diego me dijo:

—Mi mamá cree á estas horas que duermo como un talego. En casa nos retiramos á las diez. Mi mamá, después de cenar, nos echa la bendición, rezamos varias oraciones y nos manda á la cama. Yo me retiro á la alcoba, fingiendo tener mucho sueño; apago la luz, y cuando todo está en silencio, escápome bonitamente á la calle. Muy de madrugada vuelvo, abro mis puertas con llaves á propósito, y me meto en el lecho. Sólo mis hermanitas están en el secreto y favorecen la evasión.

Lord Gray nos obsequió en su casa con una espléndida cena; sacamos luego el libro de las cuarenta hojas, y con sus textos pasamos febrilmente entretenidos la noche. D. Diego en tabla, el inglés perdiendo las entrañas y yo ganando, hasta que, cansados los tres y siempre invariable y terca la fortuna, dimos por terminada la partida. ¡Oh! en los gloriosos años de 1810, 1811 y 1812 se jugaba mucho, pero mucho.

Desde aquella noche no pude volver á Cádiz hasta la tarde del 28 de Mayo, formando parte de las fuerzas que se enviaron para hacer los honores á la Regencia, que al día siguiente debía instalarse en el Palacio de la Aduana. Esta ceremonia de la instalación fué muy divertida y animada, tanto el día 29 como el 30, por ser en éste los de nuestro señor Rey D. Fernando VII. Cuando estábamos en la Aduana, haciendo guardia de honor á la Regencia, reunida dentro en sesión solemne,

oímos decir que en aquel mismo día se presentarían en Cádiz al pie de cien coraceros á la antigua que querían ofrecer sus respetos al poder central. Al punto que tal oí, acordéme del insigne D. Pedro, y no dudé que él fuese autor de la diversión que se nos preparaba.

Las doce serían, cuando una gran turba de chicos desembocando por las calles de Pedro Conde y de la Manzana, anunció que algo muy extraordinario y divertido se aproximaba; y con efecto, tras el infantil escuadrón, que de mil diversos modos y con variedad de chillidos manifestaba su regocijo, viérais allí aparecer una falange de cien de á caballo, vestidos con el mismo traje amarillo y rojo que yo había visto en las secas carnes del gran D. Pedro. Este venía delante con faja de Capitán general sobre el arlequinado traje, y tan estirado, satisfecho y orgulloso, que no se cambiara por Godofredo de Bouillon entrando triunfante en Jerusalén. Ni él ni los demás llevaban corazas, pero sí cruces en el pecho; y en cuanto á armas, cuál llevaba sable, cuál espadín de etiqueta. Como diversión de Carnestolendas, aquello podía tolerarse; pero como *Cruzada del Obispado de Cádiz* para acabar con los franceses, era de lo más grotesco que en los anales de la Historia se puede en ningún tiempo encontrar.

La multitud les victoreaba, por la sencilla razón de que se divertía; ellos, con los aplausos, se creían no menos dignos de admiración que las huestes de César ó Aníbal; y por fortuna nuestra, desde el Puerto de Santa María,

donde estaban los franceses, no podía verse ni con telescopio semejante fiesta, que si la vieran, de buena gana habrían hecho más ruido las risas que los cañones.

Llegaron á la Aduana; pidió permiso el que los mandaba para entrar á saludar á la Regencia; se lo negamos, creyendo que los de la Junta no habrían perdido el juicio; insistió D. Pedro, golpeando el suelo con el sable y profiriendo amenazas y bravatas; entramos á notificar á los señores qué clase de estantiguas querían colarse en el palacio del Gobierno, y éste al fin consintió en ser felicitado por los caballeros á la antigua, temiendo despolarizarse si no lo hacía. ¡Debilidad propia de autoridades españolas!

Entró, pues, Congosto, seguido de cinco de los suyos, escogidos entre los más granados; atravesó el salón de corte, y al encarar con los de la Regencia, hizo una profunda cortesía; irguióse después, paseó su orgullosa vista de un confín á otro de la sala, metió la mano en el bolsillo de los gregüescos, y con gran sorpresa de todos los que le veíamos, sacó unos anteojos de gruesa armadura, que se caló sobre la martillada nariz. Tal facha y vestido con anteojos, era de lo más ridículo que puede imaginarse. Los de la Regencia fluctuaban entre el enojo y la risa, y los extraños que presenciaban aquello, no disimulaban su contento por disfrutar de escena tan chusca.

Luego que se ensartó los espejuelos y los acomodó bien, enganchados en las orejas y apoyados en la nariz, metió la otra mano en

el otro bolsillo y sacó un papel; ¡pero qué papel! Lo menos tenía una vara. Todos creímos que sería un discurso; pero no, señores: eran unos versos. Entonces, para hablar al público ó al Rey ó á las autoridades, privaban los malos versos sobre la mala prosa. Desdobló, pues, el luengo papel, tosió limpiando el gaznate, se atusó los largos bigotes, y con voz cavernosa y retumbante dió principio á la lectura de una sarta de endecasílabos cojos, mancos y lisiados, tan reumatadamente malos, como obra que eran del mismo personaje que los leía. Siento no poder dar á mis amigos una muestra de aquella literatura, porque ni se imprimieron ni puedo recordarlos; pero si no la forma, tengo presente el sentido, que se reducía á encomiar la necesidad de que todo el mundo se vistiera á la antigua, único modo de resucitar el ya muerto y enterrado heroísmo de los antiguos tiempos.

Durante la lectura había sacado D. Pedro la espada, y todas las frases fuertes las acompañaba de tajos, mandobles y cuchilladas en el aire, volteando el arma por encima de su cabeza, lo cual remató el grotesco papel que hacía. Luego que acabara de leer los malhadados versos, guardó el cartapacio, descolgó de la nariz los anteojos, y envainando la espada hizo otra profunda reverencia y salió del salón seguido de los suyos.

¡Señores, que es verdad lo que digo! Me ofenden esas muestras de incredulidad de los que me escuchan. Abrase la Historia, no las que andan en manos de todos, sino otras algo

íntimas, y que testigos presenciales dictaron. Pues qué, ¿se ha olvidado ya la condición sainetesca y un tanto arlequinada de nuestros partidos políticos en el período de su incubación? Verdad purísima, santa verdad es lo que he referido, aunque parece inverosímil, y aún me callo otras cositas por no ofender el decoro nacional.

Después, la graciosa procesión recorrió las calles de Cádiz con grande alegría de todo el pueblo, que se regocijaba con tal motivo extraordinariamente, sin decidirse por eso á vestirse á la antigua... ¡Tan claro era su sentidol! Los balcones y miradores se poblaban de damas, y en la calle la multitud seguía á los cruzados. Sobre todo, los chicos tuvieron un día felicísimo. No faltó más, para que aquello se pareciese á la entrada de D. Quijote en Barcelona, sino que los muchachos aplicaran á ciertas partes del caballo que montaba D. Pedro las célebres aliagas, y aun creo que algo de esto aconteció al fin del triunfal paseo y cuando se volvían á la Isla.

Después del acontecimiento referido, ciertos sucesos tristísimos determinan un paréntesis no corto en esta parte de la historia de mi vida que voy refiriendo. El 1.º de Junio sentíame enfermo y caí con la fiebre amarilla, cual otros tantos que en aquella temporada fueron víctimas del terrible tifus, con menos suerte que un servidor de ustedes, el cual escapó de las garras de la muerte, después de

versé en estado tal que vislumbraba los horizontes del otro mundo.

Mi mal (ya me había atacado en la niñez con distinto carácter) no fué muy largo. Yo estaba en la Isla. Asistieronme mis amigos cariñosamente; visitábame Lord Gray todos los días, y Amaranta y Doña Flora hicieron largas guardias y vigiliass en la cabecera de mi lecho. Cuando me vieron fuera de peligro, las dos lloraban de alegría.

Durante la convalecencia, D. Diego fué á visitarme y me dijo:

—Mañana mismo vendrás á mi casa. Mis hermanas y mi novia me preguntan por tí todos los días. ¡Qué susto se han llevado!

—Iré mañana,—le respondí.

Pero yo estaba muy lejos de esperar la orden militar é inapelable que por algún tiempo me desterrara de mi ciudad querida. Es el caso que D. Mariano Renovales, aquel soldado atrevido que tan heroicas hazañas realizó en Zaragoza, fué destinado á mandar una expedición que debía salir de Cádiz para desembarcar en el Norte. Renovales era un hombre muy bravo; pero con esta bravura salvaje de nuestros grandes hombres de guerra; valor desnudo de conocimientos militares y de todos los demás talentos que enaltecen al buen general. Había publicado el guerrillero una proclama extravagantísima en cuya cabeza se veía un grabado representando á Pepe Botellas cayéndose de borracho y con un jarro de vino en la mano, y el estilo del tal documento correspondía á lo innoble y ridículo de la estampa.

Sin embargo, por esto mismo le elogiaron mucho y le dieron un mando. ¡Achaques de España! Estos majaderos suelen hacer fortuna.

Pues, señor, como decía, dióse á Renovales un pequeño cuerpo de ejército, y en este cuerpo de ejército me incluyeron á mí, obligándome, casi enfermo todavía, á seguir al loco guerrillero en su más loca expedición. Obedecí y embarquéme con él, despidiéndome de mis amigos. ¡Oh, qué aventura tan penosa, tan desairada, tan funesta, tan estéril! Fíad empresas delicadas á hombres ignorantes y populacheros que no tienen más cualidad que un valor ciego y frenético.

No quiero contar los repetidos desastres de la expedición. Sufrimos tempestades, aguantamos todo género de desdichas, y para colmo de desgracia, lejos de hacer cosa alguna de provecho, parte de las tropas desembarcadas en Asturias cayeron en poder de los franceses. Gracias dimos á Dios los pocos que, después de tres meses y medio de angustiosas penas, pudimos regresar á Cádiz, avergonzados por el infausto éxito de la aventura. Yo comparé á mis compañeros de entonces con los individuos de la *Cruzada* en la falta de sentido común.

Regresamos á Cádiz. Algunos fueron á recibirnos con júbilo, creyendo que volvíamos cubiertos de gloria, y en breves palabras contamos lo ocurrido. La gente entusiasta y patriotería no quería creer que el valiente Renovales fuese un majadero. Por desgracia, de esta clase de héroes tenemos muchos.

Luego que descansamos un poco, después de poner el pie en tierra, fuimos á presentarnos á las autoridades de la Isla. Era el 24 de Septiembre.

## VIII

Una gran novedad, una hermosa fiesta había aquel día en la Isla. Banderolas y gallardetes adornaban casas particulares y edificios públicos, y endomingada la gente, de gala los marinos y la tropa, de gala la Naturaleza á causa de la hermosura de la mañana y esplendente claridad del sol, todo respiraba alegría. Por el camino de Cádiz á la Isla no cesaba el paso de diversa gente, en coche y á pie; y en la plaza de San Juan de Dios, los caleseros gritaban llamando viajeros: «¡A las Cortes, á las Cortes!»

Parecía aquello preliminar de función de toros. Las clases todas de la sociedad concurrían á la fiesta, y los antiguos baúles de la casa del rico, y del pobre habíanse quedado casi vacíos. Vestía el poderoso comerciante su mejor paño; la elegante dama su mejor seda, y los muchachos artesanos, lo mismo que los hombres del pueblo, ataviados con sus pintorescos trajes, salpicaban de vivos colores la masa de la multitud. Movíanse en el aire los abanicos, reflejando en mil rápidos matices la

luz del sol, y los millones de lentejuelas irradiaban sus esplendores sobre el negro terciopelo. En los rostros había tanta alegría, que la muchedumbre toda era una sonrisa, y no hacía falta que unos á otros se preguntasen á dónde iban, porque un zumbido perenne decía sin cesar: «¡A las Cortes, á las Cortes!»

Las calesas partían á cada instante. Los pobres iban á pie, con sus meriendas á la espalda y la guitarra pendiente del hombro. Los chicos de las plazuelas de la Caleta y la Viña no querían que la ceremonia estuviese privada del honor de su asistencia, y, arreglándose sus audrajos, emprendían con sus palitos al hombro el camino de la Isla, dándose aire de un ejército en marcha; y entre sus chillidos y bufidos y algazara, se distinguía claramente el grito general: «¡A las Cortes, á las Cortes!»

Tronaban los cañones de los navíos fondeados en la bahía; y entre el blanco humo, las mil banderas semejabán fantásticas bandadas de pájaros de colores arremolinándose en torno á los mástiles. Los militares y marinos en tierra ostentaban plumachos en sus sombreros, cintas y veneras en sus pechos, orgullo y júbilo en los semblantes. Abrazábanse paisanos y militares, congratulándose de aquel día, que todos creían el primero de nuestro bienestar. Los hombres graves, los escritores y periodistas, rebosaban satisfacción, dando y admitiendo plácemes por la aparición de aquella gran aurora, de aquella luz nueva, de aquella felicidad desconocida

que todos nombraban con el grito placentero de: «¡Las Cortes, las Cortes!»

En la taberna del Sr. Poenco no se pensaba más que en libaciones en honor del gran suceso. Los majos, contrabandistas, matones, chules, picadores, carniceros y chalanés, habían diferido sus querellas para que la majestad de tan gran día no se turbara con ataques á la paz, á la concordia y buena armonía entre los ciudadanos. Los mendigos abandonaron sus puestos corriendo hacia la Cortadura, que se inundó de mancos, cojos y lisiados, ganosos de recoger abundante cosecha de limosnas entre la mucha gente, y enseñando sus llagas, no pedían en nombre de Dios y de la caridad, sino de aquella otra deidad nueva y santa y sublime, diciendo: «¡Por las Cortes, por las Cortes!»

Nobleza, pueblo, comercio, milicia, hombres, mujeres, talento, riqueza, juventud, hermosura, todo, con contadas excepciones, concurrió al gran acto, los más por entusiasmo verdadero, algunos por curiosidad, otros porque habían oído hablar de las Cortes y querían saber lo que eran. La general alegría me recordó la entrada de Fernando VII en Madrid en Abril de 1808, después de los sucesos de Aranjuez.

Cuando llegué á la Isla, las calles estaban intransitables por la mucha gente. En una de ellas la multitud se agolpaba para ver una procesión. En los miradores apenas cabían los ra-

milletes de señoras; clamaban á voz en grito las campanas, y gritaba el pueblo, y se estrujaban hombres y mujeres contra las paredes, y los chiquillos trepaban por las rejas, y los soldados formados en dos filas pugnaban por dejar el paso franco á la comitiva. Todo el mundo quería ver, y no era posible que vieran todos.

Aquella procesión no era una procesión de santas imágenes, ni de reyes y príncipes, cosa en verdad muy vista en España para que así llamara la atención: era el sencillo desfile de un centenar de hombres vestidos de negro, jóvenes unos, otros viejos, algunos sacerdotes, seglares los más. Precedíales el clero con el Infante Borbón de pontifical y los individuos de la Regencia, y les seguía gran concurso de generales, cortesanos antaño de la Corona y hoy del pueblo, altos empleados, consejeros de Castilla, próceres y gentilhombres, muchos de los cuales ignoraban qué era aquello.

La procesión venía de la Iglesia Mayor, donde se había dicho solemne misa y cantado un *Te Deum*. El pueblo no cesaba de gritar ¡*Viva la Nación!* como pudiera gritar ¡viva el Rey! y un coro que se había colocado en cierto entarimado detrás de una esquina entonó el himno, muy laudable sin duda, pero muy malo como poesía y música, que decía:

Del tiempo borrascoso  
que España está sufriendo,  
va el horizonte viendo  
alguna claridad.

La aurora son las Cortes  
que con sabios vocales  
remediarán los males  
dándonos libertad.

El músico había sido tan inhábil al componer el discurso musical, y tan mal conocía el arte de las cadencias, que los cantantes se veían obligados á repetir cuatro veces *que con sabios, que con sabios*, etc. Pero esto no quita su mérito á la inocente y espontánea alegría popular.

Cuando pasó la comitiva encontré á Andrés Marijuán, el cual me dijo:

—Me han magullado un brazo dentro de la iglesia. ¡Qué gentío! Pero me propuse ver todo y lo ví. Lindísimo ha estado.

—¿Pero ya empezaron los discursos?

—Hombre, no. Dijo una misa muy larga el Cardenal narigudo, y luego los regentes tomaron juramento á los procuradores, diciéndoles: «¿Juráis conservar la religión católica? ¿Juráis conservar la integridad de la nación española? ¿Juráis conservar en el trono á nuestro amado Rey D. Fernando? ¿Juráis desempeñar fielmente este cargo?» A lo cual ellos iban contestando que sí, que sí y que sí. Después echaron un golpe de órgano y canto llano, y se acabó. Gabriel, á ver si podemos entrar en el salón de sesiones.

Yo no creí prudente intentarlo; pero fui hacia allá codeando á diestro y siniestro, y al llegar junto al teatro, ante cuyas puertas se agolpaban masas de gente y no pocos coches, sentí

que vivamente me llamaban diciendo:—Gabriel, Araceli, Gabriel, Sr. D. Gabriel, señor de Araceli.

Miré á todos lados, y entre el gentío ví dos abanicos que me hacían señas y dos caras que me sonreían. Eran las de Amaranta y Doña Flora. Al punto me uní á ellas, y después que me saludaron y felicitaron cariñosamente por mi feliz llegada, Amaranta dijo:

—Ven con nosotras. Tenemos papeletas para entrar en la galería reservada.

Subimos todos, y por la escalera pregunté á la Condesa si algún acontecimiento había modificado la situación de nuestros asuntos durante mi ausencia, á lo que me contestó:

—Todo sigue lo mismo. La única novedad es que mi tía padece ahora un reumatismo que la tiene baldada. Doña María la domina completamente, y es quien manda en la casa y quien dispone todo... No he podido ni una vez sola ver á Inés, ni ellas salen á la calle, ni es posible escribirle. Yo esperaba con ansia tu llegada, porque D. Diego prometió llevarte allá. Cuando vayas, espero grandes resultados de tu celosa tercería. A Lord Gray no hay quien le saque una palabra; pero los indicios de lo que te dije aumentan. Por la criada sabemos que Doña María está con una oreja alta y otra baja, y que el mismo D. Diego, con ser tan estúpido, lo ha descubierto y rabia de celos. Mañana mismo es preciso que vayas allá, aunque yo dudo mucho que la de Rumblar quiera reciberte.

No hablamos más del asunto, porque el

Congreso Nacional ocupó toda nuestra atención. Estábamos en el palco de un teatro: á nuestro lado, en localidades iguales, veíamos multitud de señoras y caballeros, embajadores y otros personajes. Abajo, en lo que llamamos patio, los diputados ocupaban sus asientos en dos alas de bancos; en el escenario había un trono ocupado por un Obispo y cuatro señores más, y delante los secretarios del despacho. Poco habían unos y otros calentado los asientos, cuando los de la Regencia se levantaron y se fueron, como diciendo: «ahí queda eso.»

—Esta pobre gente—me dijo Amaranta,—no sabe lo que trae entre manos. Mírales cómo están desconcertados y aturdidos sin saber qué hacer.

—Se ha marchado el venerable Obispo de Orense—observó Doña Flora.—Por ahí se susurra que no le hacen maldita gracia las dichas Cortes.

—Por lo que oigo, están eligiendo quien les presida—dije.—Hay aquí un traer y llevar de papeletas que es señal de votación.

—Buenas cosas vamos á ver hoy aquí,—añadió Amaranta con el regocijo que da la esperanza de una diversión.

—Yo lo que quiero es que prediquen pronto—indicó Doña Flora.—Prontito, señores. Veo que hay muchos clérigos, lo cual es prueba de que no faltarán picos de oro.

—Pero estos clérigos filósofos son torpes de lengua—afirmó Amaranta.—Aquí hablarán más los seglares, y será tal el barullo, que ve-

remos escenas tan graciosas como las de un concejo de pueblo con fuero. Amiga, preparémonos á reir.

—Ya parece que tienen presidente. Oigamos lo que lee aquel caballerito que está en el escenario, y que parece un mal actor que no sabe el papel.

—Está conmovido por la majestad del acto.—repuso Amaranta.—Me parece que estos señores darían algo ahora porque les mandasen á sus casas. Verdaderamente las fachas no son malas.

—Desde aquí veo al Vizconde de Matarrosa (1)—indicó Doña Flora.—Es aquel mozallete rubio. Le he visto en casa de Morla, y es chico despejado... Como que sabe inglés.

—Ese angelito debiera estar mamando, y le van á dispensar la edad para que sea diputado—observó la Condesa.—Como que no tiene más años que tú, Gabriel. Vaya unos legisladores que nos hemos echado. Aquí tenemos Solones de veinte abriles.

—Querida Condesa—dijo la otra,—desde aquí veo todas las narices y toda la boca de D. Juan Nicasio Gallego. Está abajo entre los diputados.

—Sí, allí está. De un bocado se tragará Cortes y Regencia. Es el hombre de mejores ocurrencias que he visto en mi vida, y de seguro ha venido aquí á reirse de sus compañeros de procuraduría. ¿No es aquél que está á su lado D. Antonio Capmany? ¡Miren qué fachal! No se

(1) Después Conde de Toreno.

puede estar quieto un instante y baila como una ardilla.

—Ese que se sienta ahora es Mejía.

—También veo la cara seráfica de Agustinito Argüelles. Dicen que éste predica muy bien. ¿Ve usted á Borull? Cuentan que éste no quiere Cortes. Pero empiece de una vez la función. ¡Qué pesados son!

—Aquí, como no se paga la entrada, no hay derecho á impacientarse.

—Ya está dispuesta la presidencia. ¿Tocarán un pito para empezar?

—Yo tengo una curiosidad por oír lo que digan...

—Y yo.

—Será un disputar graciosísimo—indicó Amaranta,—porque cada cual pedirá esto y lo otro y lo de más allá.

—Con que salga uno diciendo: «Yo quiero tal cosa,» y otro responda: «Pues no me da la gana,» se animará esta desabrida reunión.

—¡Cuándo las habrán visto más gordas! Será gracioso oír á los clérigos gritar: «Fuera los filósofos;» y á los seglares: «Fuera los curas.» Veo con sorpresa que el presidente no tiene látigo.

—Es que guardarán las formas, amiga mía.

—¿En dónde han aprendido ellos á guardar formas?

—Silencio, que va á hablar un diputado.

—¿Qué dirá? Nadie lo entiende.

—Se vuelve á sentar.

—En el escenario hay uno que lee.

—Se levantan algunos de sus asientos.

—Ya. Acaban de decir que quedan enterados. Nosotros también. Tanto ruido para nada.

—Silencio, señores, que vamos á oír un discurso.

—¡Un discurso! Oigamos. ¡Qué ruido en los palcos! Si no calla el público, el presidente mandará bajar el telón.

—¿Es aquel clérigo que está allí enfrente quien va á hablar?

—Se ha levantado, se arregla el solideo, echa atrás la capa. ¿Le conoce usted?

—Yo no.

—Ni yo. Oigamos qué dice.

—Dice que sería prudente adoptar una serie de proposiciones que tiene escritas en un papelito.

—Bueno: léanos usted ese papelito, señor cura.

—Parece que hablará primero.

—¿Pero quién es?

—Parece un santo varón.

En los palcos inmediatos corría de boca en boca un nombre que llegó hasta el nuestro. El orador era D. Diego Muñoz Torrero.

Señores oyentes ó lectores, estas orejas mías oyeron el primer discurso que se pronunció en asambleas españolas en el siglo XIX. Aún retumba en mi entendimiento aquel preludio, aquella voz inicial de nuestras glorias parlamentarias, emitida por un clérigo sencillo y apacible, de ánimo sereno, talento claro, continente humilde y simpático. Si al principio los murmullos de arriba y abajo no permitían oír claramente su voz, poco á poco fueron acallán-

dose los ruidos, y siguió claro y solemne el discurso. Las palabras se destacaban sobre un silencio religioso, fijándose de tal modo en la mente que parecían esculpirse. La atención era profunda, y jamás voz alguna fué oída con más respeto.

—¿Sabe usted, amiga mía—dijo en un momento de descanso Doña Flora,—que este clérigo no lo hace mal?

—Muy bien. Si todos hablaran así, esto no sería malo. Aún no me he enterado bien de lo que propone.

—Pues á mí me parece todo lo que ha dicho muy puesto en razón. Ya sigue. Atendamos.

El discurso no fué largo, pero sí sentencioso, elocuente y erudito. En un cuarto de hora Muñoz Torrero había lanzado á la faz de la nación el programa del nuevo Gobierno, y la esencia de las nuevas ideas. Cuando la última palabra espiró en sus labios, y se sentó recibiendo las felicitaciones y los aplausos de las tribunas, el siglo décimooctavo había concluído.

El reloj de la Historia señaló con campanada, no por todos oída, su última hora, y realizóse en España uno de los principales dobles del tiempo.